

Ese miedo

Por Carlos Giordano

Docente e investigador de la
Facultad de Periodismo y
Comunicación Social
de la UNLP

Titular del Seminario de Tesis.
Autor del libro *Malvinos*,
publicado por Edulp

Todavía le tienen miedo. El hombre tiene una calibre 22 corta en el cinturón y ellos le tienen miedo. Siete disparos y todos piensan que él no va a perder ninguno. Que los va a buscar uno a uno y les va a tocar a ellos. Por eso se desesperaron por hacer una lluvia de plomo y una cortina de años silenciados y oscuros.

Cuando se formó la patrulla, todos esperaron para ver si se podían quedar afuera. Que no les tocara esa misión. Que el hombre no estuviera enfrente.

Dicen que lo buscaron por las calles cercanas. Que cuando lo vieron les explotaron las manos. Que gritaron. Que la piel se les erizó. Que el sudor les brotó en la nuca, y que ahí mismo se hizo hielo. Que mucho después de verlo inmóvil todavía no se acercaban.

Dicen que lo respetaban... pero no es verdad. Sólo le tenían miedo. Y todavía sienten en las tripas ese desgarró. Dicen que lo respetaban... pero ellos no saben sentir respeto. Los asesinos no respetan, no lo pueden hacer. Para eso se necesita valentía y coraje. Y ellos no los tienen ni los tuvieron.

Todavía, cuando escuchan su nombre, les tiemblan los muslos y las manos necesitan afe-

rrarse a algo para que el mundo vuelva a tener sustancia, y no sea la certeza de que el hombre volverá por ellos.

Escucharon que descifró códigos secretos con un manual escolar. Que cuando él hablaba los compañeros aprendían. Escucharon que escribía aun sin lápices ni máquinas. Que guardaba las frases en su cabeza. Que las rescataba en cualquier momento y que la gente esperaba por ellas.

Escucharon que sus propios jefes, los de él, le temían. Escucharon que sus propios jefes, los de ellos, sabían que él era el hombre. Por eso, todavía le tienen miedo. Tigres, Ángeles Rubios, el grupo de los Tenientes Cobardes, todos.

Porque él sabía que ellos patrullaban cerca, que los FAL arreciaban... que en la tortura estaba el destino de todos sus compañeros y de su paradero, que el tiempo se terminaba... y los salió a buscar, mientras ellos armaban estos treinta años de silencio, de encubrimiento, de complicidad, de cobardía.

Porque el hombre escribió, en su escritorio abarrotado, aquella carta, mientras ellos organizaban todas las vías de la impunidad. Porque después de escribirla la copió y la mandó a miles de destinos. Porque después decidió ir a buscarlos, uno por uno. Y todavía andan escapando. Y porque va a pasar que, tarde o temprano, el hombre los va a alcanzar. Y, en ese oscuro día de justicia, lo va a hacer.

Ese Rodolfo murió bajo el manto de balas, pero aún anda por ahí... por las historias que subvierten las censuras, por las agrupaciones que llevan su nombre a la lucha, por las injusticias que se siguen prodigando en los basurales y en los fusilamientos, por las redacciones periodísticas que alojan informes e informaciones que revelarían los nuevos datos de las inequidades, por

las derrotas que lo tuvieron a él también como protagonista... aún anda por ahí.

Y hacen bien en tenerle miedo. Porque el hombre sigue presente en la memoria, en los compromisos concretos de literatos, militantes, periodistas, jóvenes y revolucionarios (todo lo que el hombre es). Sigue presente en la palabra apasionada y científica, en la razón y el sentimiento. Y estos, todos, son los ingredientes del festín de los desposeídos cuando hacen justicia.

La Plata, a 30 años de su asesinato.